



1918-1919

LA LUCHA

4-I-1919

# Por la victoria de la democracia

La Lucha 4-I-1919

Llega, henchido de pasado y profiado de porvenir, el año de 1919. Este de 1918 que agoniza entre espasmos de incertidumbres, y certezas, de temores y de esperanzas, ¿ha sido el de la derrota de la vieja Alemania, la del viejo Gott germánico, pero ha sido a la vez el de la paz y la victoria? No; la paz no se ha firmado ni afianzado todavía, ni está aun del todo clara la victoria, como está clara la derrota. Porque la verdadera lucha, la íntima y espiritual, la del derecho, empieza ahora.

Los aliados en la causa de la Democracia, de la Justicia de los pueblos, de la civilidad—que es civilización—han derrotado al más genuino y más poderoso imperialismo militarista y despótico de las Edades Moderna y Contemporánea, pero ¿no tendrán que vencer dentro de sí propios, en el seno de sus clases dirigentes, otros imperiosismos que les corrojan las entrañas civiles y democráticas? ¿No surgirán conflictos entre pueblos que durante la guerra, la gran guerra, han luchado, si no juntos, por lo menos contra un enemigo común, y no surgirán esos conflictos por el imperialismo de alguno de ellos? Tras de esta guerra que ha debido ser sagrado sacrificio, ¿no levantará cabeza el que se ha llamado el «sagrado egoísmo»?

Los que durante la Lucha esgrimimos en estos pobres países neutrales la única arma que podíamos esgrimir: la pluma o la lengua, contra el despótico imperialismo militarista germánico, somos los que más tenemos, no ya el derecho, sino el deber de dirigirnos y dirigir a los que nos han leído u oído y nos leen u oyen esas preguntas congojosas.

Era a los comienzos de la feroz contienda, en la primera acometida de la Bestia, en el verano de 1914; cuando eran pisoteadas y escarnecidas la heroica Serbia, el corazón del pueblo sureslavo—que esto es yugoeslavo—de ese indomable pueblo de montañeses nutridos de libertad y de leyenda, y la sufrida Bélgica que prefirió ser arrollada a ser infiel a sus compromisos. Y ponemos antes a Serbia, porque sobre haber sido ésta tan maltratada como Bélgica fué más calumniada; tenía al estallar la guerra, por obra y gracia de los seidas y rábulas de los Habsburgos, una mala fama. Y ese baluarte de la unidad contra irrupción germánica, que tal ha sido Serbia, corre acaso peligro de que no se le aplique con todo el rigor de la justicia el principio de que los pueblos se den a sí mismos el gobierno que escojan y se unan a aquellos otros con quienes más y más estrechamente quieran convivir bajo una misma ciudadanía nacional. En cambio, a Bélgica, aunque compuesta de dos, o más bien de tres pueblos diferentes, nadie le va a disputar su integridad nacional.

La derrota del imperialismo militarista germánico es ya un hecho; ¿lo será también la de todo imperia- lismo, y no sólo del militarista, sino del económico? Es de desear y lo queremos esperar. Las naciones aliadas, vencedoras de Germania y sus secuaces, sabrán vencer a lo que en ellas haya de germanizante, de imperialista.

También nosotros, los españoles; traemos a la liquidación de la gue-

rra, que es respecto liquidación de la p... nuestro sagrado egoísmo colectivo... nacional. Los que aquí amamos la justicia y la civilización y queremos que nuestro pueblo entre en la historia que ahora se abre y entre en ella por la gran carretera y no por trocha ni vereda remota, creemos que los aliados han estado peleando también por nosotros, mereceríamoslo o no, y que no deben abandonarnos a los que nos des gobiernan, no deben abandonarnos a los que nos impusieron una vergonzosa neutralidad a todo trance y costa, a los que acaso estaban aliados clandestinamente con los derrotados de hoy.

¿De dónde y de quién recibió el desgraciado último zar de Rusia, el ex zar de la ex Rusia, consejos para que abandonara la causa de la de la autocracia de los soberanos?

No podemos juzgar de los horrores mocracia de los pueblos por la de que del bolchevismo se cuentan porque no los conocemos ni los conocemos bien; no queremos negarnos, pero tampoco que eso de bolchevismo empieza a convertirse en un santo y seña de abominación, en un conjuro y en un espantajo fantasmático. Y en algún caso basta darle un alfilerazo al imponente fantasma para desinflarlo.

El imperialismo burgués, plutocrático y oligárquico, conservador, que palpita en el seno mismo de los pueblos vencedores de la Bestia germánica—Bestia que chupaba el tuétano y el seso del mismo pueblo alemán—empieza acaso a fingirse maximalismos rebeldes y caóticos en todas partes. ¿No creemos ver, o hará como que ve uno tal en nuestra España?

¿No nos creará a nosotros, los españoles, incapaces de verdadero y genuino gobierno propio, de autonomía entera y pura, incapaces de un régimen, de absoluta soberanía popular, de una soberanía que nadie comparta con el pueblo? ¿Van las naciones aliadas, a modo de tutela a un pueblo al que se le toma como a un mozalbete discolo y muy educado, a imponernos, siquiera con una imposición disfrazada, el régimen abyecto que nos ha mantenido en el de clandestinidad y de vergonzosa neutralidad a todo trance y costa? ¿Van a negarnos el apoyo, siquiera moral, que nos deben—así, nos deben—para que nos elevemos a la altura civil que a ellos les permitió no rendirse a la Bestia y aun derrotarla? ¿Se negarán a hacernos participar de la Victoria? Si así fuese, es que ellos mismos no habrán vencido aunque hayan abatido a la Bestia. Y la Bestia resurgirá.

Es ahora, en víspera de la Victoria y de la Paz definitivas, cuando los que durante los días amargos y tenebrosos profesamos públicamente nuestra fe en la santidad de la causa de las Democracias aliadas contra el imperialismo, es ahora cuando para mejor festejar la derrota de éste debemos elevar esas dudas. Reclamamos nuestra parte en la Victoria; reclamamos el vencimiento del despotismo que ha sofocado a nuestro hogar nacional.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD SALAMANCA